

**Homilía pronunciada por el P. Adolfo Nicolás en la Iglesia del Gesù de Roma.  
Marzo 6, 2008  
Clausura de la Congregación General 35**

\*\*\*\*\*

Esta sencilla homilía será en italiano: no sé si para alivio o para sufrimiento vuestro...

En este momento nos sentimos llenos de una experiencia que hemos vivido en los últimos dos meses.

Esta mañana, hemos escuchado algunas consideraciones en espíritu de oración y de reconocimiento sobre esta experiencia, una experiencia llena de una rica diversidad, quizá la más grande que se ha dado en la historia de las congregaciones generales.

Juntamente con esta diversidad hemos experimentado también un fuerte deseo de oír, de escuchar a los demás, de abrirnos a los demás tan diferentes de nosotros mismos, y el deseo también de cambiar. Sí, en nosotros se ha dado un cambio. Cambio de nuestros puntos de vista, en la redacción de los documentos, en las discusiones. Y hemos adquirido también una actitud de mayor atención hacia los demás. Pocas veces hemos experimentado en una comunidad tan grande y tan diversa tanta alegría con la alegría de los demás; tanta tristeza con los sufrimientos de los demás. Y hemos rezado los unos por los otros.

La primera lectura de hoy nos invita a acudir a la fuente de esta experiencia, y a hacer de ella una experiencia cristiana; plenamente cristiana. Y la lógica de la experiencia cristiana es muy clara. Dios es amor, y por ello nosotros también amamos. Dios es misericordia, y por eso nosotros también nos hacemos misericordiosos. Dios es bueno y nosotros también queremos ser buenos. Y si no amamos, no acertamos a decir nada. Creo que aquí es donde encontramos la raíz y el origen de nuestra identidad y de nuestra misión. Aquí está nuestra razón de ser. ¿Porqué queremos amar a los pobres, ayudar a quienes se sienten solos, consolar a los tristes, sanar a los enfermos, liberar a los oprimidos? Simplemente porque esto es lo que Dios hace. Nada más. Tal como nos ha dicho el santo Padre, el amor a los pobres no es algo de carácter ideológico sino cristológico. Es la verdadera esencia de Cristo. Cristo nos ha mostrado cómo actúa, cómo se comporta, cómo ama Dios; y nosotros intentamos aprender.

Otra cosa que nos dice la primera carta de Juan es que esto no es circunstancial, algo que hacemos en un momento en que nos sentimos fuertes, incluso unos héroes. Se trata de una situación estable. La carta nos invita a permanecer en el amor. Y éste es un término que se repite varias veces en la carta. Para que Dios permanezca en vosotros, debéis permanecer en el amor, para que Cristo permanezca en vosotros, debéis estar unidos a los otros. Es un juego de palabras en el que se repite este concepto.

La Congregación misma y ahora esta liturgia nos invitan a renovarnos. Personas que permanecen unidas en las intuiciones, en los contactos que hemos establecido con el Señor, unos con otros.

El documento en el que hemos reflexionado sobre nuestro carisma decimos que mirando a Jesús comprendemos cómo tenemos que ser nosotros mismos. Permaneciendo en El. Y sabemos muy bien que lo que hará cambiar a la Iglesia, a la Compañía no son nuestras formulaciones y directrices. Cambiarán si logramos convertirnos en personas nuevas. Lo que cuenta no es decidir qué queremos hacer en la

comunidad, sino qué tipo de hombre comunitario tenemos que ser para permanecer: hombres obedientes, hombres que saben hacer discernimiento, siempre hombres compañeros; ¡siempre!. No sólo con algunas personas a las que hemos escogido como colaboradores nuestros; dondequiera que nos encontremos hemos de ser compañeros de los otros, dispuestos a servir, siempre dispuestos a vivir en solidaridad. Un pueblo que vive permanentemente en el amor, en el servicio.

“En todo amar y servir” – hemos cantado tantas veces a lo largo de estos dos meses. En todo. No por un gesto de heroísmo, sino como una manera de ser. Es lo que hemos pedido en estos dos meses.

El evangelio nos dice algo más. Nos dice que todo lo que hemos hecho tiene como origen nuestra misión. Hoy, aquí, en la iglesia del Gesù no he sido yo quien ha elegido este pasaje del evangelio. Son otros los que han elegido como texto la misión, el envío de Cristo. En el centro mismo de este envío se encuentra aquello de “permanecer”. Somos enviados, tal como lo habéis discutido estos días y queda reflejado en los documentos, porque hemos entrado en Cristo. Es Cristo quien nos envía. La misión brota del encuentro con Dios. Pero la misión hace referencia a los demás. Comienza en Cristo y termina en los demás, en sus alegrías, en sus esperanzas, en sus sufrimientos. Es como si Marcos nos dijera: Haced universal lo que habéis experimentado en estos dos meses, durante esta Congregación General. Este amor, esta preocupación de los unos hacia los otros, ahora se debe extender a todos aquellos con quienes nos encontremos. Esta colaboración, este mutuo ayudarse se debe convertir en nuestro modo de ser. No es fácil. Tal vez muchos de vosotros conocen un *power point* con cartas de niños a Jesús. Hay una carta que dice: “Jesús, cómo logras amar a todos? En mi casa somos sólo cuatro y no logramos querernos”.

Sabemos bien lo que esto quiere decir. Por nuestra parte lo hemos logrado entre los 225 que éramos. Pero ¿cómo conseguirlo con nuestras pequeñas comunidades, en las Provincias, con nuestros colaboradores, si no permanecemos en el amor?

El evangelio nos dice también cómo cumplir la misión. Es una visión muy dinámica, pero para no alargarme me limito a los puntos fundamentales. Es un dinamismo que comienza, como he dicho antes, en nosotros mismos cuando nos dirigimos a los demás. Algo que está fuera de nosotros sucede en los demás. Los frutos están del otro lado; no están en nosotros. Es una visión muy moderna. El fruto forma parte del *output*, no es nuestro *input*. Ante todo, id, id. Id a todo el mundo: A todo el mundo. Hemos hablado de fronteras, de periferia. Y el evangelio nos dice: Id, id. Y nosotros hemos ido y nos hemos encontrado con cantidad de problemas, y hemos cometido muchos errores en las fronteras. Yo os podría hablar de mis errores, pero sé muy bien que hay también otros errores. Y hemos comprendido que ir no sólo significa tomar el avión, sino entrar en la cultura, entrar en la vida de la gente. Ir quiere decir estudiar, investigar, entrar en la vida de los hombres. Solidaridad, empatía, inculturación, diálogo, respeto hacia los demás. Ir por todo el mundo es más difícil de lo que pensábamos. Y nos hemos sentido como unos niños. Quién sabe si no habremos descubierto el Reino del cielo.

Y se nos dice luego; id y proclamad el evangelio. Y así lo hemos hecho. A veces bien, otras veces menos bien. Pero luego hemos comprendido que la proclamación del

evangelio exige una visibilidad de la palabra de Dios. No se trata de proclamar sólo de palabra. Hay una visibilidad que es necesaria, la visibilidad de nuestra vida, la visibilidad en nuestro cargo, en nuestro trabajo. En la apertura a los demás, en el servicio, en el perdón, en la compasión, en la reconciliación. En la capacidad para ayudar a los demás a ser más sanos, más libres, más humanos.

Pero el evangelio sigue adelante. Y entonces sucede algo. La gente tiene fe. Los que creen son los que quedan transformados. En este punto nos puede ayudar mucho San Ignacio. Es algo que San Ignacio ha visto. No se trata de una fe externa. La fe es transformación. Creer es algo que nos ha ocurrido a todos nosotros, en el momento en que nos hemos hecho cristianos, nos hemos hecho jesuitas. Es un proceso de transformación, un proceso total, que cambia a la gente, que abre las puertas a la esperanza, al amor, a asumir el riesgo de preocuparse por los demás. Cuando el evangelio toca a una persona, esta persona cambia. Sucede realmente algo que nos hace crecer.

En esto está la salvación, sigue diciendo el evangelio. Pero no basta pensar que tal vez si creo me salvaré; esto es algo muy exterior. Si creo, ya estoy salvado. Creer, entrar en este proceso, quiere decir encontrar la salvación. Y esto lo ha comprendido muy bien San Ignacio. Esta es la cuestión, es el centro mismo de la pastoral ignaciana, ya sea en una parroquia, o en la educación, en la espiritualidad de nuestras casas; y precisamente este cambio interno, esta transformación interna, constituye la salvación. Toda la pastoral ignaciana, basada en los ejercicios espirituales consiste precisamente en ayudar a la gente a cambiar internamente. De aquí, de esta transformación interior del corazón, nace luego el cambio en nuestras manos, nuestros pies, en nuestro servicio, en el trabajo, en el amor hacia los demás.

Y al final, dice el evangelio, los signos serán visibles. Ahora bien, estos signos, no son los del misionero; el misionero ha quedado ya al margen. Son los signos de quienes creen. Y entonces, el centro de la atención se encuentra en aquellos a quienes nosotros servimos. Los que creen se encontrarán con que su vida ha cambiado. Los signos son fruto de la fe, de una vida transformada. Y quizá para nosotros la cuestión está en discernir cuáles son hoy los signos del evangelio. No será frecuente hoy para nosotros confundirlos con las serpientes. ¿Cuáles son los signos? La justicia, la paz, la compasión, la solidaridad, la reconciliación, la dignidad humana. Cuando todo ello se hace universal, cuando todos tienen acceso a estos elementos tan humanos de nuestra vida, podemos decir que esos son los signos. El evangelio nos dice: vuestra misión es ir y proclamar un evangelio que transforma las personas, y entonces consiguientemente se producirán los signos.

En otro pasaje dice el evangelio: por los frutos conoceréis los que son verdaderos y los que no lo son. Y entonces nos preguntamos; ¿cuáles son los signos que faltan en nuestro trabajo, parroquias, escuelas, servicios y todo lo demás?

En conclusión: Hemos vivido una gran experiencia y creo que todos somos conscientes de ello. Pero la palabra de Dios nos invita a ir a la fuente de esta experiencia y a comprobar que esa transformación no es algo que termina aquí, sino que continúa y que todo esto se convierte en misión, una misión total, que seguirá produciendo frutos en los demás.

Regresar a nuestras casas con menos que eso no justificaría los dos meses que hemos vivido juntos, guiados por el Espíritu y buscando en todo la voluntad de Dios. Hoy pedimos que esta experiencia, y esta palabra de Dios que hemos escuchado actúen conjuntamente y produzcan frutos de transformación primero en nosotros, y que luego estos frutos se den en los demás para que la fe que comunicamos sea una fe transformadora. Es lo que pedimos para todos nosotros.

(Textos escriturísticos: Primera Carta de S. Juan, 4. 7-19, S. Marco, 16, 15-20)